

# Vádid

David Pérez Pastor



## Capítulo 1

# Capítulo 1



Vádid se agazapó junto a un zarzal, si se acercaban más se vería obligado a entrar en el, los pinchos no le preocupaban, pero sabía que esos matojos punzantes estaban repletos de esas horribles criaturas con ocho patas. Arañas, ¿por que tenías que existir? Aguzó su oído para saber si sus enemigos se le estaban acercando, no escucho nada, sus ojos se habían acostumbrado a la oscura noche perfectamente, el cielo se hallaba cubierto de nubes y no se veía ni una estrella tan solo una luz difuminada al este que suponía que sería dado su tamaño la gran luna de Maigides su

planeta, esta Luna se la conocía como Reipaktar ("la rota" en idioma gargo, ya que el asteroide había perdido la parte derecha en un choque con un meteorito). Vádid se encontraba en medio de un salvaje bosque llamado por los primeros hombres Gatua Emea este gigantesco bosque cubría toda la península de Yorbei. En los pasados dos meses lo había recorrido casi entero.

Ahora que se encontraba más cerca que nunca de su objetivo volvía a encontrarse con él, su archienemigo, ¿cuántas veces se lo había encontrado en estos últimos meses?, ¿10, 15, 20 veces?

Escucho un ruido que le asustó y le puso el corazón en la boca, se percató que no había sido más que algún ave nocturna a la caza de algún diminuto roedor, que distraído había abandonado su escondrijo sin duda alguna en busca de algún triste bocado, que le había llevado a su perdición. Intentó tranquilizarse, aún notaba su acelerado corazón y sentía la adrenalina correr a lo largo de su cuerpo, las piernas le temblaban. Recordaba como había empezado toda esta aventura, en aquel día que como todos los de aquella semana había acudido en busca del saber de los mayores del pueblo.

\* \* \*

"Existe otro tipo de cultura, más avanzada, allí, más allá de la Ciénaga del Ancho, más allá del lago Minioren; En las Cordilleras Esombrea, en dirección Nerven(Norte), se encuentra Belímiar, un pueblo de gente noble, personas justas, un pueblo de sabios estudiosos del cosmos y las plantas. También grandes herreros, hacedores de las mejores armas del país. Sus rivales, al Seikat(Sur) de la montaña, los Recken, viven de la envidia que los corroe por dentro, son seres avariciosos y huraños, su arte se basa en arcos, ballestas y sus flechas envenenadas. El veneno lo extraen de una flor que crece cerca de la montaña Tifti, dicha flor contiene así mismo, la cura para tal herida."

-¿Pero cuánto puedes aguantar con una herida de las flechas Recken?-dijo Vádid, un muchacho de veintidos años que, como cada año, había acudido a escuchar los fascinantes relatos de Roptela. Junto a él se sentaba Nadiel, su gran amigo de la infancia.

Vádid vivía en Niucolirem y Nadiel vivía al otro lado del puente Triduno, en la ciudad de Ambamena, pero la insignificante distancia de un puente no impedía que los dos buenos amigos quedaran siempre para cazar, luchar, e ir a visitar a su amigo Roptela, el Cuentacuentos de las dos Islas. Niucolirem y Ambamena eran dos islas unidas por un puente, el puente Triduno. Ambas islas se encontraban rodeadas las Ciénagas del Ancho. Este cúmulo de agua y barro había hecho que esta pequeña sociedad quedara apartada del mundo exterior ya que nadie sabía como salir de allí, puesto que por la derecha estaba la parte más pantanosa y más llena

de arenas movedizas y por el otro, aunque se podía navegar, no era muy recomendable ya que podías quedar encallado.

-Con una herida Recken, puedes vivir tres semanas como si nada y los tres últimos días unas terribles fiebres se apoderarán de ti y acabarán con tu vida.-Respondió Roptela, el Cuentacuentos.

Roptela era un personaje peculiar, el más viejo de las dos ciudades, por lo que nadie sabía mucho sobre él, salvo el hecho de que sabía muchas historias y tenía la casa llena de mapas y objetos raros y antiguos. Era alto pese a la edad que debía tener y era fuerte, irradiaba vida cosa poco usual en un viejo, tenía todo el pelo blanco y una espesa barba de dos dedos, sus ojos grises expresaban sabiduría y experiencia. Tenía un carácter bastante agrio pero conseguía que la juventud lo apreciase, los atrapaba a todos con sus historias extravagantes y seguramente poco verídicas, los más mayores ya lo habían conocido viejo, vestía sus pantalones marrones oscuros que él mismo hacía y camisas a cuadros que bajaba a comprar a la ciudad cuando ya las tenía muy viejas. Vivía a las afueras de la ciudad en una casa de madera bastante grande, tenía un huerto en la parte de detrás de la casa, con las primeras luces del día se levantaba a cuidar de su huerto, cuando el sol salía y empezaba a dar fuerte volvía a la sombra de su casa a sentarse en un banco que tenía situado a la izquierda de la puerta a fumar pipa. Cuando no estaba contando historias a los niños, estaba consultando mapas y hojeando libros, los mayores decían que no estaba bien de la cabeza, pero a Vádid y Nadiel no les importaba, por el simple hecho de que les fascinaban las historias.

-Entonces, ¿solo puedes conseguir la cura cerca del Tifti?. -preguntó Nadiel.

-Solo allí. -respondió el anciano sonriendo.- Lo que hace que estos hombres sean tan diferentes es un secreto, pero yo creo que es porque son de dos tipos de razas distintas. Se han mezclado con todos nosotros, por lo que para saber si eres uno de ellos te hacen unas pruebas, con las que determinarán si perteneces a su pueblo.

-Con tantas diferencias deben estar siempre en guerra, ¿no?-replicó Vádid.

-Llevan varios siglos en paz, pero los sabios dicen que se avecina una gran guerra.

-¿Y tu que piensas? -le preguntó otro muchacho llamado Taboja.

-Yo pienso que nada dura eternamente.- su mirada se perdió en el horizonte y durante unos segundos permaneció en silencio meditando.- Tras la tormenta siempre viene la calma, pero tras la calma, ¿que viene? -

de repente sacudió la cabeza y les sonrió.- No escuchéis las palabras de un charlatán.

En ese preciso instante sonó el campanario con doce tañidos consecutivos.

-La hora de entrenar.-dijo Vádid.□Seguían ambos un estricto horario de entrenamiento con el objetivo de poder escapar un día de sus aburridas rutinas y correr alguna aventura emocionante como las que Roptela les contaba. Corrían, disparaban, luchaban con espadas, lanzas, ejercitaban sus musculos...

Ambos se despidieron de Roptela y salieron corriendo hacia el pabellón de entrenamiento. En cabeza iba Vádid, era alto en comparación con Nadiel, sus marcados musculos eran debidos a que trabajaba con su padre, que era herrero. El negro pelo le caía por la frente, y una fina barba escondía medio rostro juvenil. Sus ojos eran marrones y grandes. Por detrás de Vádid corría Nadiel, apenas unos cinco centímetros por debajo de su amigo pero mucho más delgado, su corto pelo marrón oscuro hacía juego con sus ojos azules, aunque no tan fuerte Nadiel era más ágil y más resistente en largas distancias. Ambos corrieron por las estrechas calles de Niucolirem, las casas de color gris y marrón claro construían un perfecto laberinto de calles, el sol estaba alzado y un calor húmedo hacía que con poco ejercicio los habitantes de estas dos ciudades sudaran con facilidad, apenas había sombra a las doce por lo que cuando divisaron de lejos el pabellón de tiro ambos iban sudorosos y Vádid jadeaba, Nadiel lo miraba ahora desde delante con sonrisa burlona y aunque también iba sudado parecía poder aguantar por lo menos dos horas más.

Llegaron al pabellón cogieron sus arcos y se dirigieron a las dianas, el pabellón era bastante grande y normalmente los que entrenaban allí eran los soldados del humilde ejercito que tenía la pequeña ciudad de Niucolirem, cuando el ejercito acababa sus ejercicios regulares de tiro de arco las personas del resto de la ciudad que quisieran practicar lo podían hacer a un bajo precio, las paredes de madera que rodeaban el espacio donde se practicaba el tiro subían hasta el techo, estas tenían numerosas aberturas por donde entraban los rayos de luz, en el tejado habían numerosas aberturas también pero estaban cubiertas con un material transparente semielástico, liviano, muy resistente a la tensión y barrera para gases y humedad. El suelo era también de madera sobre el había esparcido un poco de paja y las dianas estaban situadas al fondo y había de diversas modalidades, había grandes, pequeñas más lejanas más cercanas, fijas, móviles... habían empezado hacía ya tiempo con las grandes fijas tirando de cerca y poco a poco había ido poniendo más dificultades. La normativa del campo de tiro era estricta había un controlador con un silbato cuyo único propósito era el de controlar que mientras se disparaba no pasara nadie por en medio para que no hubiera heridos, también se hacía cargo de que nadie hiciera un mal uso de

material ni se jugara peligrosamente con las armas de disparo.

Vádid se colocó el carcaj a la espalda con diez flechas y tomando el arco con la mano izquierda por la mitad lo levantó, con la mano derecha palpó a su espalda en busca de una flecha, atrapó una y la situó entre sus dedos índice y corazón, dispuso la parte posterior de la flecha en la cuerda y la apoyó en su mano izquierda, con la derecha tensó la cuerda y cerró el ojo izquierdo para enfocar con el diestro la diana:

-Podríamos competir para ver quien es mejor. -propuso Nadiel a la vez que tensaba su arco.

-No eres digno para mí. -dijo Vádíd en tono burlón.

-Ah claro, perdona, tengo que bajar mi nivel para igualarlo al tuyo. - rió Nadiel.

-Eso ya lo veremos.- le respondió Vádíd volviéndose hacia la diana. Sabía que en cuestiones de puntería no podía competir con Nadiel, que tenía una habilidad innata. Parecía un experto arquero, aun así Vádíd había mejorado mucho su técnica incluso para poder competir con su amigo. Al principio le había enseñado a disparar pero no había conseguido estar a su altura hasta mucho tiempo después, en una ocasión le había preguntado como era que sabía tirar tan bien pero el se había limitado a encogerse de hombros. Tras los primeros diez tiros, Vádíd tenía diez centros al igual que Nadiel y orgulloso se dirigió a la pared para soltar la diana móvil. Ésta consistía en una diana atada a una cuerda que subía hasta el alto techo del pabellón de entrenamiento. La diana no solo iba de lado a lado sino que daba vueltas sobre sí, dificultando así el tiro. Nadiel solía darle a menudo, aunque no siempre en el centro, pero rara era la vez que Vádíd lograba acertar en la diana, aunque fuera en el borde. Pero este día era diferente, la suerte parecía estar de su parte, ya que había conseguido hacer diez centros, quizás hoy pudiera acertar tres flechas, el cual era su máximo. Tres flechas de veinte, todo un récord.

Empezaron a tirar alternadamente, el primer tiro fue de Nadiel y simplemente se clavó en la diana pero sin hacer ninguna puntuación extraordinaria, Vádíd tensó el arco, esperó a que la diana se acercara al centro y soltó la flecha, la cual se clavó, pero por el revés. Los siguientes tiros demostraron que era el día de Vádíd de hecho consiguió un centro. Se giró con una sonrisa hacia Nadiel, el cual estaba sonriendo también, pero detrás de él vio algo que le paralizó el corazón. Un hombre encapuchado vestido en su totalidad de negro con una mirada penetrante de hielo y armado con un arco y una lanza a su espalda, les apuntaba, los siguientes instantes fueron confusos, cuando se quiso dar cuenta, había apartado a su amigo y la flecha le había pasado cerca, hiriéndolo en el hombro. Se puso de pie de un salto para perseguir al desconocido, pero

Nadiel le cogió por el tobillo. Su cara parecía haber visto un fantasma.

-Es inútil seguirlo. -dijo con una voz temblorosa, algo extraño para Nadiel que pocas cosas temía. □Vádid se revolvió para librarse de él y salió detrás del extraño desconocido. "Debe dirigirse hacia Ambamena, que es mucho más grande" pensó Vádid, y la única forma de hacerlo era por el puente Triduno, así que guardó las flechas en el carcaj y puso su arco a la espalda, subió a los tejados, desde allí veía el puente a unas quince casas y empezó a correr calculando cada salto, ya que el fallo podría resultar fatal. Al acabar Niucolirem había una pequeña llanura descampada antes de llegar al puente Triduno, debajo de este había una pequeña poza en la que se podía nadar. Se paró en la última casa que había antes de la pequeña llanura. El desconocido salió corriendo de entre unas casas. Iba vestido entero de negro y una malla oscura le cubría la cara, haciendo imposible que se le reconociese. Vádid apoyó la rodilla derecha, sacó el arco y una flecha, su favorita, la cargó y esperó a que estuviera en el centro de su vista panorámica. Sin ponerse nervioso disparó, pero la flecha se clavó en el muslo del extraño, que cayó a la tierra revolcándose. Vádid sin perder tiempo dejó el arco en el techo para que no le impidiese pelear si hacía falta, bajó de la casa y corrió hacia él.

El extraño se puso de pie y se arrancó la flecha soltando un débil gemido. Antes de que pudiera sacar ningún arma se abalanzó sobre el desconocido, rodando así por el suelo enzarzados en una terrible nube de puñetazos, patadas y cabezazos, pero Vádid tenía bastante fuerza y consiguió quitarle la lanza que llevaba colgada en la espalda. Acto seguido lo empujó haciendo que cayera de espaldas, su contrincante debía ser joven también aunque quizás no tanto como él. El enmascarado sacó la otra arma que llevaba colgando, era un Mayak, un hacha de doble filo, de la que solo había oído hablar en las historias de Roptela. En el mango del hacha había una empuñadura que tenía una especie de apuntando hacia abajo. Vádid sabía por las historias que el Mayak se volteaba por encima de la cabeza para que tuviera un ataque más directo y con mayor fuerza. Debido a su peso, los movimientos no eran rápidos pero en manos de un experto, pese a no ser rápidos, siempre eran calculadores y letales. Cuando vio que empezaba a voltearlo por encima de la cabeza puso la lanza en horizontal con intención de oponer resistencia, pero en el último momento se apartó hacia la derecha, golpeando con la parte trasera de la lanza a su rival en la cara. Después de este movimiento que sorprendió al desconocido, le propinó una tremenda patada en la barriga y un fuerte golpe con la mitad de la lanza en la cara, haciendo que cayera hacia atrás. Vádid soltó la lanza y sin darle tiempo a levantarse se abalanzó sobre él, pero ya lo estaba esperando, le puso los pies en la barriga y cogiéndole de las manos le hizo dar una voltereta y caer de espaldas.

De un salto se incorporó y se dio cuenta que su rival estaba de pie también. Se quedaron ambos mirándose a los ojos desafiándose con la mirada. Su hombre llevaba un antifaz, sus ojos de hielo le taladraban los

suyos, parecía sudar bajo el estrafalario traje, era fuerte se veía pese al traje quizás no tanto como él y era algo más bajo, la pierna del desconocido sangraba y Vádíd se dio cuenta que ese era su punto débil. Pasaron unos segundos mirándose a los ojos calculando cual sería su próximo movimiento, estaban a una distancia de unos diez metros.

De repente el hombre de negro avanzó hacia él corriendo, Vádíd notaba las gotas de sudor que le caían lentamente por la cara. Aguardó sin moverse y en el último momento tensó los músculos se puso de cuclillas a toda velocidad sobre la pierna izquierda y giró la derecha a toda velocidad, haciendo tropezar a su oponente. Se levantó para golpear desde una posición aventajada al hombre, la rabia le corroía por dentro, le golpearía sin piedad hasta no poder más. Justo en ese preciso instante alguien se le echó encima sin darle oportunidad de defenderse, ambos cayeron al suelo, el hombre que lo agarraba cedió una vez se encontraban en el suelo y Vádíd se revolcó hasta deshacerse de él, se volvió para verle, justo a tiempo de presenciar como pasaba una flecha por encima de ambos. □- ¡¡Mejai!!- exclamó Vádíd- ¡¡hermano!!.

-No hay tiempo que perder.- le dijo su hermano menor. Mejai era dos años más joven que Vádíd, no era tan fuerte pero sí que era más rápido y hábil que él, al contrario que su hermano mayor Mejai era rubio y de ojos azules, su pelo corto estaba rizado y su nariz normalmente estaba algo roja.

Cuando se incorporaron vieron que el hombre de negro cojeaba por la llanura, llegando al puente donde le esperaban más hombres vestidos de negro, que lo levantaron y se lo llevaron corriendo.

-¿Quiénes son?- dijo Mejai. □-No lo sé, pero son muy hábiles,-respondió Vádíd recogiendo un trozo de tela negra del suelo donde se veía un águila con un conejo entre sus garras- pero sé de alguien que nos puede dar explicaciones.

Cuando llegaron a casa de Roptela se lo encontraron en la puerta, tumbado en su hamaca con los ojos cerrados y su pipa en la boca. Era un hombre de una gran serenidad. Tenía una gran nariz bajo la cual poblaba un bigote blanquecino del cual salía su pipa negra. Su pelo blanco total estaba echado hacia atrás.

-Buenas de nuevo Roptela. -dijo Vádíd.

-Buenas -respondió el anciano sin levantarse.- veo que has traído a tu hermano Mejai.

-Queríamos preguntarle una cosa.- dijo Vádíd intentando aparentar

tranquilidad, pero Roptela se lo notó.

-¿Que es eso que tanto te altera? -dijo cerrando los ojos de nuevo.- Soy todo oídos.

-Será mejor que sea todo ojos- le aclaró Mejai.

Roptela abrió los ojos y levantó una ceja, había notado claramente un cierto dejo de intriga. Vádid se llevó la mano al bolsillo y sacó el trozo de tela. Roptela extendió su mano derecha y lo cogió. Lo miró detenidamente mientras su cara pasaba de la curiosidad a la sorpresa, de la sorpresa al susto, y del susto al miedo. Su cara palideció y soltó el tejido. Se levantó y lo miró desde arriba, se agachó y lo siguió observando.

-Venid a mi casa el domingo por la noche.- dijo con voz ronca. Cogió la tela y entró en su casa cerrando de un portazo, cerró también las contraventanas.

-¿Tu entiendes algo? -le preguntó Mejai a Vádid

-No, -respondió.- pero vendremos el domingo por la noche y averiguaremos lo que quiera que sea.